

XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia.
Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2017.

El legado de Juan Marón en el Líbano medieval.

Aladino, Ricardo Andrés.

Cita:

Aladino, Ricardo Andrés (2017). *El legado de Juan Marón en el Líbano medieval. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/21>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mesa 5: Comunidad y prácticas de poder en la Edad Media

El legado de Juan Marón en el Líbano medieval

Aladino, Ricardo Andrés.

Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras.

PARA PUBLICAR EN ACTAS

Resumen: En este trabajo se analiza la categoría de análisis “santidad”. Como estudio de caso, nos centramos en la vida del Primer Patriarca Maronita del Líbano (siglos VII – VIII): Juan Marón. En el abordaje se ha contemplado la lectura y análisis crítico de aspectos relativos a la vida del santo a la luz de lo que arroja la bibliografía específica del tema, la descripción y explicación de aspectos relevantes y los aportes teórico – metodológicos de la Historia de las Ideas, la Historia de las Mentalidades y la Historia de las Creencias.

Palabras claves: Santidad, Líbano, Iglesia – Nación, Libertad.

El presente estudio se centra en el abordaje actualizado de la categoría de análisis “santidad” como fenómeno de importancia considerable del Medioevo y extensible a nuestros días. Tomamos como eje temporal la Alta Edad Media en Oriente (siglos VII y VIII) y eje espacial el Líbano –que en ese entonces se lo denominaba “País de Fenicia” o “País del Cedro Milenario”–.

En particular, el caso que se trata es el de un líder espiritual y político, Juan Marón – San Juan Marón para la Iglesia Católica Maronita– que ilustra fácilmente las distintas aristas que posee la categoría en cuestión. Decidimos su estudio por tratarse del Primer Patriarca Maronita del Líbano, que se desempeñó en los siglos VII y VIII; el interés que su figura despierta en los cristianos orientales, su legado político y religioso y su incansable lucha por mantener la independencia y libertad de la nación libanesa.

En efecto, el Patriarca Juan Marón (en árabe *Yuhanna Marón*) dirigió el traslado de los seguidores del monje Marón –famoso anacoreta que se destacó en la evangelización del norte del Líbano y el sur de Siria en el siglo IV– de la región Siria Primera al Monte Líbano, con motivo de los sucesivos roces con el Basileus Justiniano II y los musulmanes.

Como objetivos nos planteamos:

Abordar y sistematizar las actuales discusiones historiográficas respecto al concepto “santidad” en el marco de la religiosidad popular por medio del análisis de fuentes históricas y hagiográficas desde una perspectiva crítico – científica.

Identificar las múltiples causas que explican los procesos de canonización (los de carácter popular e institucional).

Reconocer los principales fundamentos dados por la comunidad maronita que expliciten la elevación a los altares del Patriarca Juan Marón.

Nuestra hipótesis consiste en afirmar que la canonización del Patriarca se debió a la popularidad que gozaba entre los libaneses cristianos (maronitas) por su rol político y la ejemplaridad de su vida pastoral.

La metodología se basó en la lectura y análisis crítico de aspectos relativos a la vida del santo a la luz de lo que arroja la bibliografía específica del tema, la comparación, descripción y explicación. Por consiguiente, recurrimos a los aportes teórico – metodológicos de la Historia de las Ideas, la Historia de las Mentalidades y la Historia de las Creencias.

Comenzaremos por dar cuenta de las nociones vinculadas al concepto santidad y la construcción del santo, a modo de encuadre general de la temática. Luego, seguiremos con una breve descripción de Tierra Santa como área cultural que incluye al Líbano y el contexto geohistórico de este país. A continuación, analizaremos las raíces históricas y dogmáticas de la Iglesia Maronita –en la que se destacó Juan Marón– para pasar al estudio de la biografía de este santo maronita, su papel en la resistencia libanesa ante los embates de Bizancio y del Islam. Los motivos por los cuales fue canonizado por el pueblo maronita y la controversia en torno a su historicidad y catolicidad.

Finalmente, en las conclusiones expondremos los resultados alcanzados.

La “Santidad” constituye para el Occidente y para el Oriente medieval un fenómeno de importancia considerable, inserto en la historia de la religiosidad que a su vez pertenece al espacio más amplio de la historia de las creencias sociales. La historiografía contemporánea parte de la premisa de no perder de vista la multiplicidad de dimensiones que comprende el concepto de lo “santo” y lo “sagrado” –teológico, filosófico, religioso, institucional, político, social y económico–; asimismo, la historicidad de ciertas figuras consideradas “exempla” por sus cualidades, la proyección social de sus virtudes, el contexto en el que viven y el contexto posterior en el que son exaltadas a la categoría de “santos”.

El proceso de construcción de un santo, es decir, de cómo un individuo es declarado excepcional por sus virtudes y digno de recibir la veneración y el culto del pueblo fiel, es una cuestión de gran interés ya que desvela muchas características de la sociedad en que aquél tiene lugar¹.

Este tema ha suscitado el interés entre investigadores de diversos campos de las Ciencias Sociales, siendo la Historia una de las últimas en incorporarse a su análisis en las últimas cuatro décadas, como resultado de varios factores, entre los que se puede destacar el desarrollo de la Historia de las Mentalidades. El primer impulso partió de los especialistas en los períodos antiguo y medieval, pronto emulados por los modernistas. Sin embargo, estamos lejos de poder proporcionar una síntesis amplia y general de la cuestión dada la existencia de numerosos espacios vacíos que aguardan futuros estudios.

A este respecto, debemos hacer una serie de aclaraciones que consideramos oportunas:

El fenómeno de la santidad y el culto asociado a los santos no es exclusivo del cristianismo católico y ortodoxo griego. También se lo contempla en credos no cristianos como el islamismo, el judaísmo, el budismo, hinduismo, aunque con variaciones en la forma de rendirle homenaje.

¹ Domingo González Lopo, “¿Cómo se construye la historia de un santo? La imagen del santo y su evolución a través de los siglos: el ejemplo de San Rosendo de Celanova”, en *Lusitania Sacra* (Lisboa: julio – diciembre de 2013), 22.

La configuración y el cometido asignado al santo desde el punto de vista de la doctrina de la Iglesia han ido cambiando a lo largo de los siglos: en un primer momento se asignó el papel de “venerable” y “admirable” por su entrega a Jesucristo (en estrecho vínculo con las persecuciones acaecidas cuando la Iglesia fue considerada *religio ilícita*², hasta el siglo IV) y luego se agregó el rol de “imitable” (por su vida ejemplar dedicada a seguir los pasos de Jesús de Nazaret).

El culto a los santos no se limita a los tiempos antiguos o medievales, aún hoy pervive en numerosos sectores sociales a pesar de los acelerados procesos de secularización y crisis que atraviesan las religiones en la actualidad.

Las noticias más antiguas que se tiene del culto cristiano a los santos se remontan a mediados del siglo II, momento en que los mártires van a ser objeto de una reverencia especial por parte de la comunidad.

El primer testimonio explícito que se nos ha conservado es del año 155 y relata la veneración que los fieles de Esmirna –en Oriente– tributaban a su obispo Policarpo. En Occidente, las primeras noticias de una conducta semejante datan del año 230 aproximadamente, pero será en la segunda mitad de esta centuria cuando asistamos a una transformación significativa, es decir, del paso de la simple conmemoración de los mártires el día de su sacrificio, a la solicitud de su intercesión ante Jesús en favor de quienes los invocaban³.

Este cambio de actitud provocará la organización de un calendario para regular y organizar dichas evocaciones aniversarias, favoreciendo así el culto martirial.

En el desarrollo de este proceso tienen lugar importantes novedades a lo largo del siglo IV, como resultado de la ampliación del concepto de santidad, consecuencia del fin de las persecuciones, lo que lleva a incluir en el grupo a confesores –primero los eremitas y Padres del Desierto, más adelante obispos, abades y otros eclesiásticos, que ya en vida

² Carles Buenacasa Pérez, “La instrumentalización económica del culto a las reliquias: una importante fuente de ingresos para las iglesias tardoantiguas occidentales (siglos IV – VIII)”, en *Santos, obispos y reliquias* (Madrid: Universidad de Alcalá de Henares, 2003), 123.

³ González Lopo, 23.

habían desarrollado funciones mediadoras entre Dios y la comunidad—, es decir, a aquellos que sin llegar a una muerte heroica por defender la fe, mantuvieron durante su vida un comportamiento excepcional esforzándose por imitar a Jesús.

Por otro lado, es también en esta centuria cuando comienzan a manifestarse opiniones favorables acerca de las virtudes que pueden transmitir los cuerpos santos y los objetos que están en contacto con ellos, única forma de aproximarse a su virtud ante la prohibición, todavía vigente, de fragmentar los cadáveres.

Durante la Alta Edad Media la jerarquía eclesiástica no ejerce ningún control sobre la designación de los santos. Es la *vox populi* quien los nombra, limitándose las autoridades a organizar los cultos creados por aquella, siendo raros los casos en que rechazan alguna de estas devociones.

Con el descubrimiento de cuerpos de mártires los obispos promovieron el culto a nuevos santos, fenómeno que se expande desde el siglo VIII cuando en Roma deja de respetarse la prohibición de violar las sepulturas.

Desde entonces las catacumbas se convierten en productoras de reliquias que se reparten por toda la Cristiandad. Sin duda su floración y distribución crea el sentimiento de que es necesario un control sobre todo el proceso para garantizar su legitimidad, es así como en época carolingia, durante los siglos VIII y IX, se promulgan las primeras normas para regular la aprobación de nuevos santos, la autenticación de reliquias y su culto público.

Es por entonces cuando se prohíbe venerar nuevos cuerpos santos, su traslado y su elevación a un altar o a un túmulo alzado, símbolo del reconocimiento de la santidad, sin autorización episcopal⁴.

Durante el siglo XII los Papas, buscando reforzar su poder en línea con la reforma gregoriana, van asumiendo un mayor protagonismo en el proceso de la creación de los santos.

Así pues, entre los siglos IV al XIII se pasó paulatinamente de una santidad adquirida por el rumor público (*fama sanctitatis*), a una santidad reconocida oficialmente por la más alta autoridad eclesiástica después de una investigación en la que las pruebas esenciales son los milagros.

La fama de santidad de un fallecido originaba auténticos tumultos causados por las masas enfervorecidas que buscaban obtener una reliquia con la que acceder a los favores

⁴ *Ibidem*, 24.

celestiales del posible bienaventurado, con el paso del tiempo los efectos confirmaría o no su virtud⁵.

Sin embargo los cadáveres momificados eran los que mayor interés despertaban, pues la ausencia de grandes signos de descomposición era considerada como prueba infalible del aprecio divino por la persona fallecida; muchos bienaventurados –San Francisco de Asís, San Isidro Labrador, San Diego de Alcalá o San Francisco Javier– habían gozado de este raro privilegio⁶.

Por lo tanto, en la construcción de la santidad hay que diferenciar dos tipos de canonización: la oficiosa o del pueblo junto a su párroco (la primera que consta en las fuentes) y la canonización oficial (la que tiene autorización papal y da el aval oficial de la Iglesia). Asimismo, el culto a los santos está vinculado con la veneración de reliquias (todo lo que el santo tocó o utilizó en vida, lugares que visitó y bendijo) y las funciones que la feligresía le fue atribuyendo: curación de algún mal, posibilidad de alejar a los malos espíritus, evitar catástrofes naturales o humanas, etc.

El Líbano junto con Siria, Jordania y el Estado de Israel, forman parte de un área geohistórica y cultural emblemática del Cercano Oriente: Tierra Santa.

Lugar de extraordinario sincretismo en el que se combinan elementos de la Torah, del Islam, del Cristianismo, el aporte griego y el romano⁷.

Puede definirse al Próximo Oriente como tierra de enlace con el Occidente, esto se explica por el triple movimiento de conquistadores, mercaderes y profetas. Su relieve se destaca por los numerosos picos montañosos que se levantan entre el mar Mediterráneo y el Monte Orontes⁸.

El Cercano Oriente fue reconocido por sus rutas de invasiones, las vías de comercio y el crisol de religiones.

⁵ *Ibidem*, 26.

⁶ *Ibidem*, 27.

⁷ Doré Ogrizek, *Tierra Santa: Jordania, Siria, Líbano, Israel* (Madrid: Ediciones Castilla S.A., 1958), 9.

⁸ *Ibidem*, 11.

En lo que concierne a Tierra Santa, está delimitada por tres cursos de agua que descienden en forma rectilínea de norte a sur, paralelamente a la costa del Mediterráneo: lago El Hule, río Jordán y el Lago de Tiberíades⁹.

Tierra Santa es lugar de mesianismo, peregrinaciones, relatos míticos y sagrados, su historia y geografía están vinculados a sus relaciones con Dios y el destino sobrenatural de los hombres. Es esencialmente una tierra prometida y dada por Dios. Renegar de esta perspectiva es privarse de la verdadera dimensión que hace inteligible esta área¹⁰.

El Cercano Oriente es una tierra milenaria, cuna de las tres grandes religiones monoteístas de raigambre abrahámica: judaísmo, cristianismo e islamismo. Verdaderamente aquí se forjó una civilización que dio al mundo el alfabeto, la navegación, las relaciones diplomáticas, formaciones políticas protoestatales y el desarrollo de las ciencias.

De esta área nos interesa el Líbano, territorio abundante en valles estrechos con vegetación y montañas. Este país pertenece al mundo mediterráneo. Allí pasaron mercaderes, conquistadores, ermitaños y profetas¹¹.

El relieve montañoso paralelo a la costa es lo primero que se destaca, kilómetros más al este se encuentra el desierto.

Se lo define como una franja que mece el Mediterráneo.

El agua se presenta en forma de fuentes, riachuelos, en finos torrentes de montaña y sobre todo en pozos. Su capital, Beirut, en fenicio quiere decir “el pozo”.

El árbol natural y nacional de este país es el cedro, símbolo de la resistencia, tenacidad y ansias de libertad del pueblo libanés.

Su nombre deriva del Monte Líbano, que tanto apreciaba el rey Salomón.

Goza de la particular singularidad de ser a la vez oriental y occidental, siendo de los más antiguos del mundo civilizado y es al mismo tiempo de los más jóvenes en el concierto internacional.

Territorialmente pequeño pero grande por su proyección cultural y humana.

⁹ *Ibidem*, 34.

¹⁰ *Ibidem*, 38.

¹¹ *Ibidem*, p. 258.

Su emplazamiento se cruza con todo los caminos del Viejo Mundo. Su conocimiento remite al conocimiento del Cercano Oriente.

Su superficie es de 10.452 km².

En opinión del sacerdote maronita Emile Eddé: “El Líbano como entidad geográfica y realidad histórica existía desde muchos siglos”¹².

Mitad costa y mitad montaña, incrustado en el flanco occidental de la Siria central. Se ubica en el continente asiático, entre los 33° y 35° de latitud norte y entre los 33° y 34° de longitud este. Su clima es templado, con veranos de tres meses e inviernos suaves en el litoral y rigurosos con mucha nieve en la montaña (caso único en el Cercano Oriente).

Limita al norte y este con Siria, al sur con la antigua Palestina (hoy Estado de Israel) y al oeste con el Mar Mediterráneo.

Cuatro regiones definidas dividen la singular geografía del país en cuatro fajas paralelas entre sí y el mar: una planicie costera, una cadena montañosa llamada Montes Líbano, la planicie central de la Bekaa y una segunda cadena de montañas llamada Anti – Líbano (frontera entre el Líbano y Siria).

Su ubicación estratégica tiene como contrapartida ser una tierra codiciada por diferentes potencias, principalmente por los vecinos más próximos¹³.

Este pueblo es heredero de un glorioso pasado, que siempre ha luchado por preservar su personalidad frente a los conquistadores y los grandes imperios. A través de las vicisitudes de la vida internacional, surge con el mismo espíritu y la misma fe, independiente y soberano, en la comunidad moderna de las naciones¹⁴.

Sus raíces más remotas incumben a los fenicios, cananeos de origen semita al igual que los arameos y los siríacos. Los fenicios aparecieron en la historia del litoral libanés en el III milenio antes de Cristo. Fundaron las ciudades marítimas de Trípoli, Batrún, Biblos Berito (futura Beirut, capital actual del país), Sidón y Tiro. Cada ciudad era gobernada por un rey y el conjunto formaba una especie de federación¹⁵.

¹² Emile Eddé, *El Líbano en la Historia* (Buenos Aires: Ediciones Gladius, 1993. Tomo I), 32.

¹³ *Ibidem*, 36.

¹⁴ Nagib Dahdáh, . *Evolución histórica del Líbano* (México: Ediciones Oasis S.A., 1964), 10.

¹⁵ *Ibidem*, 33 – 34.

Estos navegantes excepcionales recorrieron todo el Mediterráneo, penetraron en el Atlántico, dieron la vuelta al África, crearon pacíficamente colonias como Cartago (la futura rival de Roma). Inventaron el alfabeto para facilitar los intercambios culturales y comerciales.

Los fenicios pusieron los primeros fundamentos de la cultura mediterránea, la cual habría de convertirse en la piedra angular de la civilización europea ya que la influencia fenicia fue bien tangible sobre los griegos.

Los sidonios (sinónimo de fenicios, gentilicio procedente de Sidón) legaron a los libaneses y al mundo la importancia de mantener y preservar la independencia de un país como condición necesaria para la prosperidad y el desarrollo de su población¹⁶.

En vista de mantener su independencia, llevaron adelante una política de neutralidad que no fue siempre respetada por los vecinos.

En el 332 a.C. Tiro sucumbió a manos de Alejandro Magno, lo cual marca el fin de la independencia fenicia y la helenización de la región. Su colonia más eminente, Cartago en el norte de África, quedó en pie hasta que fue arrasada por Roma en la tercera guerra púnica (149 – 146 a.C.).

En el 64 a.C., el reino Seléucida de Siria (heredero del Imperio de Alejandro Magno) cuya capital era la ciudad de Antioquía, cayó bajo los pies de Pompeyo. Los libaneses se vieron beneficiados del dominio romano ya que el comercio entre Oriente y Occidente fue restablecido¹⁷. Augusto, primer emperador romano, embelleció y colmó de beneficios a Beirut, que pasó a ser la capital del país.

En Beirut fue fundada la primera Universidad en el siglo II de nuestra era cristiana, albergaba en su seno la primera Escuela de Derecho.

El Líbano era parte de la provincia romana de Palestina. Luego del surgimiento del Cristianismo y del rechazo que éste despertó entre las autoridades judías y las romanas, el país del cedro fue el primero en acoger la nueva religión.

¹⁶ En la idiosincrasia del pueblo libanés, estas ideas se mantuvieron firmes a causa de los avatares y las circunstancias adversas que tuvo que atravesar e influyó decisivamente en el proceder de San Juan Marón en el siglo VII.

¹⁷ Nagib Dahdáh, 51.

La costa libanesa fue evangelizada por discípulos de San Pedro y San Pablo en el siglo I, los paganos buscaron como refugio las montañas, reducto de la resistencia al mensaje cristiano.

Luego de la división y caída del Imperio Romano, el Líbano quedó sujeto a Bizancio tanto en lo político como en lo eclesiástico (en este caso al Basileus, emperador bizantino).

La cristianización de los paganos de la montaña en el siglo V se debió a los discípulos de un piadoso monje: San Marón.

Nagib Dahdáh expresa que pese a que la mayoría era cristiana, el país del cedro se vio envuelto en las luchas religiosas que libraban entre sí las diversas sectas cristianas como los jacobitas y los maronitas del norte¹⁸.

Un terremoto acaecido en el año 555 destruyó Beirut y su Escuela de Derecho. Este hecho marcó negativamente a la nación libanesa.

Otro acontecimiento que conmocionó al Líbano fue el avance de la conquista árabe – islámica: en el año 635 comenzaron con la toma de Damasco por Jald Ibn Walid. Pocos años después cruzaron en dirección al Monte Líbano, de esta manera al sustrato semita de fenicios y arameos, se sumó el aporte árabe.

La conquista árabe no culminó hasta bien entrado el siglo VIII, sobre todo por la resistencia de los maronitas y otros cristianos quienes, en ciertas ocasiones, fueron ayudados por Bizancio y en otras oportunidades abandonados por el Emperador de Oriente.

La conquista musulmana propagó un nuevo idioma: el árabe que suplantó al arameo (mantenido en la liturgia maronita) y, una nueva religión: el Islam (que suplantó la universalidad del mensaje del Evangelio por la Umma islámica).

Fue tarea de la insurgencia maronita preservar el Líbano que los Apóstoles y los discípulos de San Marón evangelizaron. En este proceso de repulsión ante los invasores, las montañas, que habían sido un reducto de paganismo, pasaron a ser un símbolo de resistencia en la defensa de una fe y de una independencia nacional que se veía afectada. San Juan Marón encarará la defensa de ambos elementos.

Los libaneses fueron constituidos gracias a los aportes étnicos de fenicios y árabes, confrontar lo fenicio con lo árabe es tarea fatua e innecesaria, puesto que no existen las

¹⁸ *Ibidem*, 77.

razas puras a causa del mestizaje resultante de las oleadas migratorias que datan de muchos siglos¹⁹.

En conclusión, el Líbano desde la Antigüedad transitó por diferentes dominios: el persa, el griego, el romano, el árabe islámico, el turco otomano y el protectorado francés que finalizó el 22 de noviembre de 1943.

La biografía del Patriarca Yuhanna Marón es ininteligible si no se trata su pertenencia a un grupo cristiano de cuño antiguo, parte muy importante de los cristianos orientales: la Iglesia Maronita.

Ésta Iglesia está vinculada a uno de los primeros Patriarcados de la Iglesia Cristiana Universal: el Patriarcado de Antioquía²⁰.

La particularidad del Patriarcado de Antioquía es que fue el primero fundado por el Apóstol Pedro unos años antes de su partida forzosa a Roma, donde allí también fundó el Patriarcado Romano, cuya primacía se basa en la entrega de la vida de Pedro en la “Ciudad Eterna” (sinónimo de Roma) entre el 64 ó 67 de nuestra era²¹.

El Patriarcado de Antioquía, ubicado al norte del Líbano, en la Siria primera, fue estructurándose en eparquías o diócesis. Posteriormente se le adjudicarán exarcados patriarcales (circunscripciones inferiores) y parroquias dependientes.

¹⁹ *Ibidem*, 76.

²⁰ Cfr. Pedro Chwah, *La Iglesia Maronita. San Marón y San Juan Marón. Selección de Textos* (Mendoza: 2014), 8. Este sacerdote maronita nos informa que a fines del siglo I de la era cristiana, la Iglesia Universal se estructuró en torno a cinco grandes patriarcados, de fundación apostólica: Jerusalén, Antioquía, Roma, Alejandría y Constantinopla.

Entiéndase por “Patriarca” al obispo que preside una sede, que practica un determinado rito con tradiciones litúrgicas propias. Con este título se denomina a los obispos de mayor rango.

²¹ Conviene aclarar que siempre, desde la óptica de los cristianos orientales, Roma fue vista como un Patriarcado más que como el Obispado Principal de toda la Iglesia Cristiana.

La primacía del ministerio petrino en Roma se basaba (y sigue basándose) en la muerte del Apóstol en la antigua capital del Imperio y la obediencia por parte de las distintas sedes cristianas a la Sede Apostólica de Roma. Diversas cuestiones teológicas y políticas provocarán la división de los cinco patriarcados, el de Antioquía nunca abjuró su obediencia al Papa lo cual le granjeó la enemistad del Emperador de Bizancio.

Fue en Antioquía, antigua capital del reino Seléucida, donde por primera vez los seguidores de Jesús el Nazareno, tomaron el nombre de “cristianos” (Hch. 11, 26) probablemente hacia la década del 70 de nuestra era.

El Patriarcado de Antioquía se mantuvo intacto tras la caída de la Roma Occidental en el 476, dependía del Imperio Bizantino en lo político aunque en lo eclesiástico jamás dejó de relacionarse con Roma. Esto le trajo, en el mediano y largo plazo, serios inconvenientes que dificultaron su labor evangelizadora para contrarrestar las herejías surgidas en el siglo III: nestorianismo y monofisismo.

En otro orden de cosas, la nomenclatura de la Iglesia Maronita se debe a un monje anacoreta, de vida ascética, llamado Marón.

Este monje nació en el siglo IV, tras entregarse a la vida contemplativa y de oración, eligió su ermita sobre una de las montañas de la diócesis de la ciudad de Ciro (donde presidió como obispo San Teodoreto). La diócesis de Ciro, al norte del Líbano, limitaba con la del Patriarcado de Antioquía.

En Ciro Marón habitó las minas de un antiguo templo pagano al que transformó en un lugar de culto y oración cristiano. La santidad de Marón atrajo a todos aquellos que buscaban un modelo y un guía espiritual con experiencia, con miras a seguir las exhortaciones evangélicas.

Desde su templo de Ciro se extendió su fama de asceta, místico, maestro espiritual y milagrero, realizaba en nombre de Cristo curaciones tanto de cuerpo como de alma, lo cual provocaba la visita de una amplia muchedumbre.

Según Teodoreto, San Marón murió de una breve enfermedad en el año 410. Al poco tiempo de su deceso, por aclamación del pueblo, del clero y de sus seguidores, fue considerado “santo”.

Los seguidores de este monje fueron llamados “maronitas”. Éstos continuaron la labor evangelizadora, los sirios y libaneses que no se cristianizaron y rechazaban el mensaje del Evangelio, se refugiaron en las montañas convirtiéndolas en un reducto paganizante por la pervivencia del culto a los dioses fenicios y de los antiguos arameos.

Pese a ello, los maronitas cristianizaron toda la costa fenicia, gran parte de Siria aunque se toparon con la resistencia de monofisitas y nestorianos en el sur y en el este.

La tradición oral maronita nos informa que por la fama de San Marón, los fieles se disputaron sus restos, dado que eran objetos apreciadísimos para rendirle culto de veneración. Finalmente los discípulos de San Marón trasladaron su cráneo al convento de Kfarhai, en la región de Batrún, a principios del siglo VIII²².

Las vicisitudes provocarán la asimilación de la Iglesia Maronita con el Patriarcado Antioqueño en torno al siglo VII.

A San Marón se le debe la fundación de la Iglesia Maronita, como comunidad de fieles cristianos. Íntimamente relacionada con Roma, puesto que la Iglesia Maronita y la Iglesia Latina son iglesias hermanas, esta afirmación entraña una fundamental categoría ecuménica de eclesiología²³.

La Iglesia Maronita no solamente se debe a la labor evangelizadora de San Marón, sino que su advenimiento está relacionado a una serie de querellas dogmáticas que sacudieron al Cristianismo de Oriente desde el siglo III.

Desde los primeros siglos de la Iglesia Cristiana, aparecieron un gran número de herejías²⁴.

Las más destacadas fueron el nestorianismo y el monofisismo²⁵.

Nestorio, un monje oriundo de Alejandría, a principios del siglo IV, defendía la tesis de que las dos naturalezas de Cristo: la humana y la divina, eran completamente independientes entre sí y que formaban un compuesto de dos personas distintas. Dios se valió de un hombre común para encarnarse y este ser humano nada tenía que ver con Dios.

Las ideas de Nestorio provocaron la reacción del obispo de Alejandría, Cirilo, quien en refutación de las ideas nestorianas, llegó a negar la naturaleza humana de Jesús al considerar la supremacía de su divinidad.

²² Chwah, 18 – 19. Creemos que este traslado se llevó a cabo con el apoyo de San Juan Marón.

²³ *Ibidem*, 17.

²⁴ Entendemos por “herejías” a corrientes filosóficas y teológicas que difundían ideas y doctrinas contrarias a los cánones oficiales reconocidos por los Patriarcados de la Iglesia en sus concilios ecuménicos, es decir, las reuniones de los obispos de Oriente y Occidente, cuya finalidad era aclarar puntos importantes de la fe cristiana y acercar las posiciones adversas que pudieran surgir en el seno de los cristianos.

²⁵ Chwah, 9.

Años después, a mediados del siglo V, un anciano de Constantinopla llamado Eutiques, comenzó a predicar que la naturaleza o “physis” humana de Cristo está absorbida por la divina, y, en la unión de ambas, prevalecía la divina negando la humana. Esta herejía se denomina monofisita, del griego “monos” (“uno”) y “physis” (“naturaleza”). El monofisismo provocó la reacción de San Teodoreto de Ciro y Flaviano, Patriarca de Constantinopla.

Los discípulos de San Marón se unieron a San Teodoreto y a Flaviano para rebatir la difusión del monofisismo, la herejía que más hondo caló por Oriente.

En el año 517, unos 350 seguidores de San Marón fueron degollados por los cristianos monofisitas²⁶.

La difusión de las herejías por Oriente, provocó la inmediata convocatoria de un Concilio Ecuménico de la Iglesia Cristiana: en el año 451 se reunió el Concilio de Calcedonia, ciudad de Bitinia, en Asia Menor. Definió la doble naturaleza de Cristo: verdadero Dios y verdadero hombre. Rechazó la doctrina monofisita y la nestoriana. Una de sus consecuencias fue la separación del Patriarcado de Alejandría de la Iglesia al considerar blasfema la equiparación de la humanidad de Jesús con su esencia divina.

La Iglesia Maronita, cuyo Patrono e inspirador fue San Marón, hunde sus raíces en este concilio.

En opinión de Pedro Chwah: “Podría decirse que la Marunidad nació de esta querrela cristológica por defender la verdad doctrinal”²⁷.

Juan Kart nació en Sarún de Antioquía, alrededor del año 627, en una familia profundamente cristiana.

Desde joven sintió atracción por el Evangelio, se entregó con generosidad al Señor, cultivando en su alma la piedad eucarística y mariana.

Se dedicó al estudio de la Sagrada Escritura y lograr una sólida formación teológica.

Hizo sus estudios en Antioquía, después en el convento de San Marón en Siria Central, en Constantinopla los culminó. Se inició en la labor pastoral con un celo apostólico admirable que irradió por doquier.

²⁶ *Ibidem*, 24.

²⁷ *Ibidem*, 10.

En el año 635 el general árabe – islámico Al Walid logró conquistar toda la franja costera libanesa con excepción de la Montaña Libanesa que fue el centro de la resistencia cristiana.

Una nueva religión había aparecido y aglutinado a los beduinos y jinetes del desierto, este credo se proclamaba a sí mismo la “verdad revelada” desde lo alto y el más radical monoteísmo: el Islam (“sumisión a la voluntad de Allah”) que profesaba “no hay más Dios que Allah y Mahoma es su profeta”.

La nueva fe ponía en práctica la “guerra santa” o yihad contra el infiel. Miraba a cristianos y a judíos con desdén aunque les reconocía el mérito de creer en el mismo Dios y por eso se les decía “los del Libro”, por sus raíces abrahámicas.

Las incursiones musulmanas explican la extensa vacancia de la Sede de Antioquía (desde el 640 al 685), primer Patriarcado fundado por el Apóstol Pedro.

En el año 675, fue nombrado Obispo de Batrún, en el Líbano. Allí desplegó su actividad misionera y ganó para la fe católica a la casi totalidad de la población. Favoreció no solamente las vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras, sino que también dotó a la comunidad maronita de generales y jefes militares para protegerla y salvaguardar su independencia.

En el año 685, una epidemia de peste afligió al Líbano y al Cercano Oriente. Durante el tiempo de esta plaga, Juan Marón visitaba las aldeas y ciudades infectadas, curando a los enfermos con sus oraciones.

Por entonces, la peste, la guerra y la persecución islámica eran las adversidades más corrientes.

Al salvarse numerosos fieles, logró tal popularidad que el clero maronita, con aprobación del pueblo, lo eligió Patriarca de Antioquía en el 685 ó 686²⁸. Visitó Roma y fue confirmado por su compatriota el Papa San Sergio I (687 – 701), nacido en Siria.

Juan Marón regresó a Antioquía, su sede patriarcal, tuvo que hacer frente a la persecución del emperador bizantino Justiniano II (que profesaba el monofisismo).

²⁸ A partir de entonces se produce la fusión entre el Patriarcado de Antioquía y la Iglesia Maronita. Por eso, Juan Marón fue reconocido como el Primer Patriarca Maronita Antioqueño y 63º sucesor de San Pedro en la Sede de Antioquía.

El motivo de la fricción con Justiniano II no solamente era las diferencias religiosas sino un motivo político: la elección de Juan Marón se realizó sin su autorización, aunque tuvo el visto bueno de Roma. El Basileus, tenía bajo su control a la Iglesia de Oriente por medio de la designación de los patriarcas a los que manejaba, no podía permitir este delito flagrante, afrenta a su poder político y religioso.

Debido a ello persiguió a Juan Marón y a los maronitas, por su fidelidad a Roma.

Juan Marón dejó Antioquía, se quedó en el convento de Mar Marón, en Siria. Allí dirigió su libro titulado *Explicación de la fe*²⁹ a los maronitas para explicarles algunos asuntos teológicos y confirmarlos en la fe pese a las persecuciones.

El avance islámico cesaba por el momento dados los acuerdos con Justiniano II, pero al iniciar el nuevo siglo, los musulmanes retomaron las campañas.

Juan Marón, perseguido por las tropas bizantinas, con la ayuda de su sobrino Ibrahim, se refugió en la localidad libanesa de Kefar – Hai, donde construyó un convento donde puso el cráneo de San Marón que lo trajo con él de Siria, conocido en la actualidad como el “Convento del Cráneo de San Marón”. Aquí se consolidó y estableció la sede de la Iglesia Maronita, que tiempo después experimentará nuevas mudanzas.

Fue el alma de la unión de los maronitas. Ejerció los roles de Patriarca (jefe religioso) y jefe militar de la insurgencia cristiana. Defendió a los libaneses de sus dos enemigos mortales: el Imperio Bizantino y el Islam.

Su posición fue clara: Líbano es libanés, no una parte del Imperio Bizantino o del mundo árabe – islámico. La salvaguarda de la nacionalidad libanesa y de la religión católica fueron las ideas fuerza que lo impulsaron actuar.

Desde entonces, los maronitas tuvieron una nacionalidad y una patria que defender. Juan Marón combatió por la liberación temporal de la Nación Maronita.

Formó una comunidad eclesial *sui generis* pero íntimamente unida a la Iglesia Universal y a Roma.

Murió en su residencia patriarcal de Kefar – Hai, en Batrún, el 9 de febrero del año 707.

²⁹ Es la única obra que se conoce de él. Desafortunadamente no pudimos consultar los fragmentos de la misma.

Su inmensa popularidad en el pueblo maronita y en el clero, llevaron a que mediante una canonización *ad hoc* se lo proclamara Santo.

Formó la Iglesia – Nación Maronita sobre los pasos de los Apóstoles de Cristo. Una serie de virtudes puestas en práctica por este líder explican su canonización por aclamación de la feligresía y del clero que le sucedió: su heroísmo, el don de la clarividencia, su santidad, su ciencia y sabiduría, el haber dado a la Iglesia Maronita su faceta libanesa, el haber luchado por el Líbano como Estado Libre y Soberano³⁰.

Nuestro personaje no sólo fue un gran teólogo y sacerdote, también se destacó como un líder político y nacional.

Su desempeño en la insurgencia cristiana que rechazaba la invasión musulmana del Líbano, lo demuestra. Este rol complementa su papel de evangelizador.

El primero de los numerosos desafíos que tuvieron que sortear los maronitas fueron las herejías cristianas. En el siglo VI, los jacobitas destruyeron parcialmente el monasterio de San Marón en Siria, con el objeto expreso de dificultar la prédica de la ortodoxia. Justiniano El Grande (527 – 565) lo restauró, esta recuperación será importante para afrontar los nuevos desafíos políticos y religiosos que en el mediano plazo vendrían.

El Basileus Heraclio (622 – 629) visitó el monasterio restaurado en el 628, le ofreció grandes riquezas³¹, provocando el enojo de obispos y clérigos monofisitas y cierto rechazo en el pueblo bizantino que miraba con recelo a los maronitas por su cercanía a Roma.

Con esta ayuda, los maronitas pudieron rebatir con relativa facilidad la difusión de las herejías.

Un nuevo desafío se avecinaba en el siglo VII: el nuevo credo revelado por Mahoma en el 622 (año de la hégira) que en pocos años unificó toda la Península Arábiga.

Ni los bizantinos ni los persas, potencias orientales, pudieron contener a los nuevos invasores árabes³².

En el 635, Líbano y Siria quedaron bajo poder musulmán. El Líbano quedó incluido en el distrito de Damasco, capital de Siria y asiento del Califato Oméyade, fundado por Muawya.

³⁰ Chwah, 1 – 3; 18 – 19 y 24.

³¹ Eddé, 145 – 147.

³² *Ibidem*, 150.

El régimen Oméyade fue, de manera general, tolerante con los cristianos y judíos. Dependía de los aportes económicos de los no musulmanes para sostenerse, entre ellos recaudaba el impuesto “yezyat” que pagaban los que no se habían convertido al Islam a cambio de ser respetados y protegidos.

Muawya instaló una colonia persa de religión chiita en las ciudades de la costa como medida de precaución contra posibles reacciones bizantinas. Un gran número de cristianos de la costa prefirió dirigirse a la Montaña Libanesa donde podían conservar su libertad, autonomía y la pureza de su fe³³.

Varios grupos cristianos refractarios, que rehusaron islamizarse, prosiguieron la lucha y escogieron como refugio y base militar las montañas.

En opinión del Padre Eddé:

“La conquista árabe no llevó la felicidad al pueblo libanés, a pesar de haberlo liberado del yugo bizantino. (...) Los que más sufrieron fueron los habitantes del litoral. Las redes de comunicación entre Fenicia y el resto del mundo oriental y el occidental, fueron cortadas, los caminos del mar fueron prohibidos. (...)

Las ciudades del litoral libanés, de manera general, cayeron del estatus de ciudad – estado al de poblado o aldea. Se oficializó la separación entre el mundo europeo y bizantino con el mundo árabe islámico.

El litoral de Fenicia llegó a ser un frente de guerra entre el Islam y el Cristianismo. El grupo cristiano que no se sometió pasivamente a los invasores y que resistió refugiándose en las montañas, corresponde en su mayoría a los maronitas³⁴.

La resistencia cristiana fue constituida por los siguientes grupos: fenicios del litoral libanés evangelizados desde el primer siglo de nuestra era, montañeses de origen y cultura aramea cristianizados por los discípulos de San Marón y, finalmente, los maronitas sirios y otros cristianos que dejaron las planicies de Siria para refugiarse en las montañas a fin de conservar la fe y la libertad.

La unión de estas tres fuentes humanas formó la Nación Maronita Libanesa.

El Islam fue percibido como una ignominiosa sumisión política y religiosa. Desde el plano espiritual, adherir a Mahoma era ir en contra de la verdad revelada en Cristo.

Se le hizo muy difícil conquistar el Monte Líbano, los cristianos refugiados en los montes derrotaron en varias ocasiones a los musulmanes. Sin embargo, las incursiones

³³ *Ibidem*, 152.

³⁴ *Ibidem*, 158 – 159.

islámicas provocaron la vacancia del Patriarcado de Antioquía luego de ocupar la ciudad en torno al 640 aproximadamente.

En la Montaña Libanesa la Iglesia Maronita resistió y preservó su identidad al transformarse rápidamente en una nación. Las circunstancias provocaron esta transformación.

Según el Padre Eddé: “La Montaña Libanesa logró ser como una ‘gran muralla’ frente a todos los invasores. He aquí un fenómeno único en la Historia, el de una nación basada en la fe en Jesucristo que se edifica sobre una cordillera rocosa”³⁵.

¿Qué puede decirse de Bizancio? Durante el reinado de Heraclio pudo restablecerse el dominio griego sobre el territorio pero, tras su muerte, los que le sucedieron, fueron incapaces de contener el embate árabe. A esto se agrega que, los altos impuestos que Constantinopla cobraba produjeron un gran descontento en todo el pueblo, por ello para algunos grupos libaneses la llegada de los musulmanes fue vista como una “liberación” del yugo de Bizancio.

Las fuerzas del Basileus no retomarían protagonismo hasta la segunda mitad del siglo VII.

La recuperación cristiana se debe a dos hechos importantes: la llegada a las montañas libanesas de guerreros cristianos procedentes del Asia Menor y sirios de origen arameo conocidos como “Mardaítas” en el 676, quienes se fusionaron con los maronitas. Desde entonces, el ejército maronita se llamó ejército de los Mardaítas.

La institución del Patriarcado Maronita en el 685 ó 686, con la elección de Yuhanna Marón, primer Patriarca Antioqueño para la Iglesia Maronita³⁶.

Los Mardaítas fueron capitaneados por Yuhanna Marón y lograron el repliegue musulmán por algunos años.

Hacia el año 670, los árabes se preparaban para invadir Constantinopla, capital del Imperio Bizantino, por tierra. Para prevenirse, los bizantinos se dirigieron a los habitantes de la Montaña Libanesa, proponiéndoles una ayuda militar importante contra los Oméyades de Damasco.

³⁵ *Ibidem*, 164.

³⁶ *Ibidem*, 167.

Los libaneses aceptaron, no solamente para preservar la pureza de su fe sino también para recuperar el camino al mar, tan vital para ellos³⁷.

Los Mardaítas o Jarajimat (sinónimos) implementaron la guerra de guerrillas contra los musulmanes. En el 677, con ayuda del emperador Constantino IV, el ejército Mardaíta casi recuperó todo el Oriente de la ocupación árabe.

Las incursiones de los Jarajimat retornaron en el 685, coincidiendo con la ascensión patriarcal de Yuhanna Marón. Llegaron hasta las colinas de Jerusalén. El califa Abdel Malek pidió un tratado de paz con Constantino IV a cambio del pago anual en monedas de oro, dinares por semana y la entrega de los mejores caballos durante un año.

Yuhanna Marón dirigió una nueva expedición en el 687, consiguió introducirse en el interior de Siria. Los Oméyades solicitaron al Basileus Justiniano II un nuevo tratado de paz a cambio de oro, prisioneros y caballos, para detener estas avanzadas cristianas.

Justiniano II, “embriagado del oro Oméyade”, cometió el error de hacer asesinar a algunos jefes Mardaítas en Kab Elias, un pueblo libanés de la región de Bekaa, encarceló a Yuhanna Marón. Como consecuencia inmediata, unos 12.000 Mardaítas dejaron el Líbano para dirigirse a Armenia³⁸. En poco tiempo se demostrará que su proceder fue una equivocación.

Una parte de los Mardaítas permaneció en el Líbano y junto a otros cristianos continuaron luchando para conservar su independencia y su religión. Las campañas contra los árabes disminuyeron en frecuencia y en efectividad.

La imprudencia de Justiniano II, provocó el debilitamiento de los Maradat – Maronitas del Líbano³⁹.

Esta actitud impropia de Justiniano II creó en el corazón de los maronitas un sentimiento de aversión hacia los bizantinos y los llevó a cortar todo tipo de relación con ellos y liberar la Iglesia de Antioquía de su influencia⁴⁰.

³⁷ *Ibidem*, 172.

³⁸ *Ibidem*, 179. El Padre Eddé nos informa que Justiniano II mandó encarcelar a Juan Marón, no tanto por sus discrepancias dogmáticas, sino por este tratado con los musulmanes, puesto que para el emperador de Oriente, ya resultaba inquietante el ascenso Mardaíta – Maronita en pocos años y de haber ganado en la lucha, podría haberse liberado de Bizancio y erigido un Imperio Cristiano rival a la Roma de Oriente.

³⁹ Eddé, 180.

⁴⁰ *Ibidem*, 182.

Para el pueblo libanés, que había organizado un ejército resistente y erigido una Iglesia jerárquica gobernada por un Patriarca elegido por el clero maronita, la nacionalidad nació de la religión católica, el Patriarca fue el centro natural de la unión, el patriotismo libanés se unió indisolublemente a la persona de Yuhanna Marón.

Yuhanna logró escapar de la cárcel con ayuda de Ibrahim, su sobrino. De esta forma prosiguió la lucha pero en dos frentes: contra Bizancio y contra el Islam.

Justiniano II consideraba su elección como Patriarca un desafío a su autoridad religiosa como jefe supremo de la Cristiandad. Debido a ello mandó un ejército comandado por los generales Mauricio y Marciano a fin de recapturar a Yuhanna Marón, sojuzgar a los maronitas y acabar con su movimiento separatista.

El monasterio de San Juan Marón, en Siria, fue parcialmente destruido y muchos de sus monjes recibieron la palma del martirio.

No le quedó más opción al Patriarca Juan Marón que refugiarse en el Líbano, el ejército libanés derrotó al bizantino en la batalla de Amyun en el 694. En esta ocasión los Mardaítas estaban bajo las órdenes de Ibrahim, sobrino del Patriarca y jefe del contingente venido de Siria y príncipe de los Maradat del Líbano (otro sinónimo de Mardaíta).

Al morir Justiniano II, de orientación teológica monofisita, en el 698, con su sucesor Tiberio III (698 – 705), las relaciones de los maronitas con Bizancio volvieron a ser amistosas.

La evacuación de los 12.000 Mardaítas tuvo como consecuencia inmediata la reducción de las fronteras de la Patria Nacional Maronita, porque los cristianos libaneses no podían más solos en la defensa de los antiguos límites.

En el inicio del siglo VIII, la Patria Libanesa quedó restringida a la región de Saida (Sidón) en el sur hasta Akkar y Nahr el Kabir al norte, de la Bekaa al este hasta el Mediterráneo al oeste, teniendo como base y capital la ciudad de Baskinta en la montaña.

Posteriormente, con la dinastía islámica de los Abasidas las fronteras de esta Patria quedaron más restringidas⁴¹.

La civilización Maronita – Mardaíta logró superar con éxito las amenazas provenientes de Bizancio y del Islam. El principal representante de este período fue el

⁴¹ *Ibidem*, 186 – 187.

Patriarca Yuhanna Marón. Solamente la unión de los desafíos griego y árabe logró desarticular a aquella.

En lo que atañe a su existencia histórica, no hay unanimidad al respecto.

Juan Marón no es aceptado unánimemente por todos los historiadores e investigadores laicos o eclesiásticos.

Para el autor Renaudot no hay evidencia alguna de que haya existido puesto que Juan Marón no es mencionado en la lista de Patriarcas Melkitas de Antioquía.

Nagib Dahdáh no lo menciona al historiar la resistencia cristiana ante la invasión islámica. Se limita a calificar a maronitas y a melkitas como “sectas cristianas”⁴².

Siguiendo a Monseñor Debs, historiador maronita, Juan Marón ocupó la Sede Patriarcal de Antioquía desde el 685 al 707, año de su muerte. Se basa en numerosos autores sirios y en el presbítero bizantino Timoteo, que hacen derivar el nombre “maronita” del convento Beit – Marun (o Kfarkay), lo cual le permite afirmar la existencia histórica del santo⁴³.

Las décadas de vacancia de la Sede de Antioquía (635/640 hasta el 685), explican esta aporía y muestran que se trata de una personalidad cuya existencia sigue sujeta a discusión.

Al respecto, nosotros refutamos la posición de Renaudot, ya que los Melkitas conforman otro rito católico oriental distinto al Maronita que tiene otro listado de patriarcas, santos y otra tradición.

Por otra parte, podemos mencionar la creencia infundamentada de que San Juan Marón era un hereje.

Esta versión fue popularizada por algunos círculos ortodoxos. Sin embargo, un cardenal del siglo XVIII, Giuseppe Agostino Orsi, conocido como el Cardenal de San Sisto, en su *Historia Ecclesiástica* de 1747, niega rotundamente que los maronitas hayan profesado herejía alguna y que Juan Marón hubiese faltado a la ortodoxia católica.

⁴² Dahdáh, 84.

⁴³ Chwah, 79.

El cardenal nos informa que Juan Marón se dedicó a combatir las ideas de Jacobo, seguidor de Eustaquio. Desde el monasterio de San Marón, junto al río Orontes en Siria, refutaba las herejías y predicaba a favor del Concilio de Calcedonia.

Los prosélitos de Jacobo le acusaban de ser monofisita. A ello se agrega que Juan Marón era mal visto por los cristianos de Constantinopla dadas sus intenciones de desligar al Líbano de la obediencia al Basileus.

Los jacobitas y los bizantinos fueron los que difundieron la errónea idea de que era hereje. Sin embargo, la Sede de Roma nunca consideró que lo fuera.

En tiempos del Papa Inocencio III, en las bulas expedidas al Patriarca de los Maronitas, se lo llama “Patriarca Antioqueño de los Maronitas”, católicos en comunión con el Sumo Pontífice⁴⁴.

Elucidados estos puntos, solamente nos resta confirmar la existencia histórica del santo y su catolicidad.

⁴⁴ Giuseppe Agostino Orsi, *Historia eclesiástica* (Estados Unidos: Nabu Press, 2012, Tomo XIII), 247 – 249.

Conclusiones

Los objetivos generales y específicos planteados al inicio de este trabajo lograron ser comprobados de manera satisfactoria.

La hipótesis planteada fue corroborada, San Juan Marón no solamente fue un líder religioso, también se desempeñó como cabeza de un ejército rebelde que luchaba por salvaguardar su nacionalidad y la pureza de su fe cristiana. Por sus destacados papeles como pastor de almas y cabeza de la resistencia armada maronita frente a los peligros externos, fue canonizado por su pueblo y recordado por la posteridad.

El abordaje de este santo se hizo desde una perspectiva teórica de la Historia de las Creencias, analizando ideas, conceptos y mentalidades de aquel entonces, sin incurrir en ningún reduccionismo anacrónico.

Se demostró que Yuhanna Marón históricamente existió, defendió con pasión la fe católica en Siria y Líbano de las herejías monofisita, nestoriana y jacobita.

Como líder político forjó la nacionalidad libanesa en torno a la idea de libertad y a la noción más profunda del “ser libanés”.

No en vano se trata de una venerable figura santa con peso propio en el Cristianismo Oriental y Occidental. Sin su aporte, el pueblo libanés nunca se hubiese unido, cohesionado y mantenido como tal.

Aquellos que son sujetos de procesos apoteóticos en los altares de la Iglesia, es decir, quienes son canonizados por las autoridades eclesiásticas y reciben el culto de veneración por parte de la feligresía, logran esa exaltación por sus propios méritos.

El accionar de Juan Marón demuestra que el concepto de “santidad” no es patrimonio exclusivo y limitado a lo estrictamente religioso, espiritual, a la oración y contemplación, también remite a una conducta con dimensión e impacto social: tendiente a la defensa de un pueblo o una comunidad, a la lucha por la verdad y la justicia, a la defensa del orden y del funcionamiento de las instituciones, la popularidad del personaje en cuestión.

La categoría de análisis “santidad” va ampliando sus horizontes conforme al avance de los estudios modernos.

Creemos que con este santo libanés de origen sirio hemos realizado esa tarea, consideramos que en él no sólo lo pastoral sino también lo político y social son factores destacados que ayudan a explicar su proceder y su contexto histórico.

Su camino estuvo marcado por quien le dio el nombre al rito maronita: San Marón. Yuhanna dio lo mejor de sí para fortalecer la Iglesia Maronita y la Patria Libanesa.

La mejor prueba de ello la constituye el recuerdo muy sentido y muy presente que tanto el clero como la feligresía maronita antioqueña del Líbano y de todo el mundo tienen de este sublime santo.

Bibliografía

Buenacasa Pérez, Carles. 2003. “La instrumentalización económica del culto a las reliquias: una importante fuente de ingresos para las iglesias tardoantiguas occidentales (siglos IV – VIII)”. En *Santos, obispos y reliquias*, 123 – 140. Madrid.

Chwah, Pedro. 2014. *La Iglesia Maronita. San Marón y San Juan Marón. Selección de textos*. Mendoza.

Dahdáh, Nagib. 1964. *Evolución histórica del Líbano*. México: Ediciones Oasis S.A.

Eddé, Emile. 1993. *El Líbano en la Historia*. Tomo I. Buenos Aires: Ediciones Gladius.

González Lopo, Domingo. 2013. “¿Cómo se construye la historia de un santo? La imagen del santo y su evolución a través de los siglos: el ejemplo de San Rosendo de Celanova”. En *Lusitania Sacra*, 21 – 48. Lisboa.

Ogrizek, Doré. 1958. *Tierra Santa: Jordania, Siria, Líbano, Israel*. Madrid: Ediciones Castilla S.A.

Orsi, Giuseppe Agostino. 2012. *Historia eclesiástica*. Tomo XIII. Estados Unidos: Nabu Press.